

Las Mujeres en el Evangelio

Publicamos aquí un extracto del estudio sobre "Las mujeres en el Evangelio", con el que nuestra subdirectora, Federica Fedié obtuvo el primer premio, Medalla de Oro, en el concurso literario realizado por la Federación de Maestros y Profesores Católicos, con motivo del Congreso del Evangelio.

Hablar de las mujeres en el Evangelio significa señalar el nacimiento de una era de libertad, dignidad y santificación de la mujer. O, mejor, significa retornar al sueño primero de Dios cuando, allá en el Paraíso Terrenal, el Señor le dió a Adán por compañera a Eva, sacándola como explica Maritain "no de la cabeza del hombre, ya que no ha de dominar, ni de los pies, ya que no ha de ser esclava, sino del corazón porque fué creada para amar y ser amada"

Pero no lo entendió así el hombre, quien, en su loco intento de transponer siempre la intención divina, se dijo: si Adán es el rey de la Creación, todos los demás seres (la mujer inclusive) han sido hechos para servirle. Y se detuvo satisfecho en la palabra "servirle".

Fuése entonces la mujer agobiando en su servidumbre, hasta ser la imagen de aquella que nos presenta el Evangelio "encorvada, sin poder, poco ni mucho, mirar hacia arriba" (San Lucas XII, 2.) o de la hija de Jairo, muerta en apariencia, como su sexo sumido en el sueño del espíritu, o de la suegra de Simón, enferma y yacente.

Entonces vino Cristo. Y El, que hubiera podido aparecer en mil formas distintas en la tierra, eligió la única que podía tomar en las entrañas de una mujer, para darle el título de compañera que el hombre le negaba, para hacerla consigo la co-rendentora de la Humanidad.

Y el Angel que anunció a la Virgen el nacimiento del Mesías había ya anunciado a otra mujer el nacimiento del Precursor, del hijo que, pese a sus años, Isabel seguía soñando, esperando y deseando, el hijo cuya dichosa revelación ocultó durante cinco meses, porque era la suya una de esas alegrías que sólo con los labios sellados pueden expresarse.

En esos días, Isabel recibe la visita de la Llena de Gracia, la del amor sólo igualado por su suavidad exquisita, la de la pureza sólo igualada por su hermosura ideal.

Es pues una mujer, una madre, quien recibe la primera visita del Hijo de Dios y, a través del estremecimiento del propio hijo en su entraña, reconoce la bendita maternidad de su prima. Solamente los ángeles adoran a Dios en el Cielo; en la tierra, ni aún José lo sabe; es una mujer la única que se une al coro de los ángeles para entonar el cántico de esperanza y redención: "Bendita tú eres entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre".

Y ya está Cristo en la tierra. Está para todos, pero especialmente para la mujer, que no se atreve a pedir su cura a Aquel que todo lo puede. Está silenciosa, anulada por el hombre. Será necesario que sea Jesús quien, vaya a ella y le dirija la palabra.

Los filósofos, es decir, los amantes de la sabiduría, no hablaban de la mujer o sólo lo hacían con desprecio. Viene Jesús, la sabiduría infinita, se dirige a la mujer agobiada, le habla y la cura. Se dirige a la hija de Jairo, toma su mano y le dice: "¡Niña, levántate!" (San Lucas VIII, 54). El, a quien hubiera bastado una palabra, El, que sin tocarlo siquiera, resucitará a Lázaro, el amigo cuya muerte le arranca lágrimas, toma la mano de la niña. La mujer, a quien el hombre había negado su apoyo, lo recibe ahora de Dios. Es Dios mismo quien la levanta para que marche erguida, procurando, a imitación suya, erguir a la Humanidad.

Y Jesús va a curar a la suegra de Simón, pero aguarda a que sus discípulos le hablen primero de ella. Cristo ofrece a la mujer esa satisfacción de amor propio: que los hombres pidan por ella para reparar la opresión en que la habían condenado a vivir. Y al instante, la mujer, curada por el Señor, "se puso a servirle" (San Marcos, I, 31). El Evangelio no señala esta solicitud en ninguno de los hombres curados por Cristo; y San Lucas (VIII, 1-3) nos presenta a Jesús "acompañado por los apóstoles" y "asistido por algunas mujeres". Los apóstoles sólo acompañan al Señor; las mujeres le sirven. Es la misión de la madre que aflora en ellas.

Es curioso que las mujeres sirvan a Jesús con solicitud de madre, cuando es El quien las llama "hijas": "Hija, tu fe te ha curado" (San Lucas, IX 43-48). Hija es el nombre que da Cristo a la Humanidad que viene a adoptar; y este título se lo da precisamente a una mujer, porque ella necesitaba que esa palabra le fuese dirigida. Porque ella anhela siempre la palabra que es amor y es protección.

Y cuando esa palabra llega, la mujer responde infaliblemente con la entrega total de su alma; porque la mujer es la criatura del dar, porque es el corazón de Adán que ha salido de sí para dilatarse en el mundo florecido de amor.

¿Y María Magdalena? ¿Amaba acaso ella? María Magdalena se amaba a sí misma. Amaba con la única forma del amor que no implica el dar. Por eso, María Magdalena era tan sólo un hermoso rostro, mas le faltaba corazón para ser mujer. Sin embargo, pronto llegaría a serlo porque, si aún no amaba, había en ella una gran capacidad de amor.

Apegada a la vida natural, Magdalena representa a la Humanidad culpable por la cual vino Cristo a morir. En efecto: sin pecado, quizá igualmente hubiera venido Cristo a la tierra, pero no habríamos tenido el Calvario, el Cristo sufriente, el Cristo crucificado.

Es la Humanidad entera la culpable de la muerte de Jesús y, sin embargo, entre los hombres, todo el peso de la culpa recae sobre la mujer. Destaquemos aquí, con San Agustín, la justicia del Salvador, que no dijo: no lapidéis a la mujer, sino "Lapidetur", es decir, que sea lapidada tal como lo ordena la Ley, pero por el que sea digno de hacerlo: "Aquel que esté libre de culpa que arroje la primera piedra". (San Juan VIII, 7).

Mas ¿son acaso mejores que María de Magdala los fariseos que la condenan o Simón que, desconociendo al Dios que perdona, llega a dudar de él? ("Si este hombre fuera profeta, bien conocería quién y que tal es la mujer que le está tocando". San Lucas VII-39). No, espíritus estrechos son incapaces de comprender la debilidad del corazón humano, que es la suya propia, ni reverenciar a Dios. Representan a esa mediocridad que censura lo que está debajo, porque no sabe mirar hacia arriba. María Magdalena, en cambio, desde el fondo del abismo, tiene el enorme valor de levantar la cabeza hasta el cielo. Y entonces, dice San Agustín, esa feliz pecadora iluminada por la Gracia vió cumplirse la profecía: "El abismo ha invocado al abismo y el abismo le ha respondido". Es el abismo de esa alma sumida en el pecado que invoca al abismo de la misericordia divina; y ese abismo le responde perdonándola.

La absolución más solemne de cuantas Dios pronunciara ha caído sobre una mujer: "Perdonados te son tus pecados" (San Lucas VIII, 48). Y con estas palabras, María Magdalena obtiene la cura moral para los siglos venideros. San Agustín hace incapie en esta advertencia de Jesús a la pecadora: "Anda y no peques más en adelante" (San Juan VIII, 2), señalando otra vez la justicia de Dios, que nunca deja al pecado sin censura pues, en el "no peques más" está el reproche a todo un pasado, con el cual ya está por cierto Magdalena decidida a romper. Así lo prueba la escena en casa de Simón cuando, después de haber bañado los pies de Jesús con nardo, ese perfume usado por las novias en los desposorios reales, quiebra el vaso de alabastro que lo contenía, símbolo de la felicidad conyugal que ella había violado.

Magdalena se halla entonces desposada definitivamente con Cristo, y a sus pies yacen los despojos de sus antiguas ilusiones:

"¡Oh, que tout soit pour Lui. Donnez, oh Madeleine
Versez sur ses pieds nus, votre âme toute pleine.
Versez le fond du vase, et les parfums cachés,
Les regrets, les espoirs, tout, jusqu'a vos péchés!" (I)

María Magdalena está ahora salvada por la fe: "Tu fe te ha salvado" (San Lucas VII, 50). Pero, como enseña San Pablo, si la fe es el principio de las buenas obras, la fe sin caridad no puede justificar. Por eso, no es sólo la fe, sino la fe unida al amor la que salva a Magdalena. "Le son perdonados muchos pecados porque ha amado mucho" (San Lucas, VII, 47). María de Magdala ama. Y ama con ese amor de arrepentimiento que tiene la propiedad de rehacer el alma, dando nacimiento a una nueva criatura. María de Magdala es mujer. Mujer en el amor del dar hasta la entrega total, mujer en el amor del engendrar. Y María Magdalena pecadora muere al engendrar a María Magdalena virtuosa.

(Continúa en el Próximo Número)

FEDERICA FEDIE

Cantar Casi Gitano

Mirada de nube, corazón de miel,
manos de palomas agitándose;
labios entreabiertos que llaman a aquél
que por la distancia va perdiéndose.
La tierra recoge en quebradas grieta
el cristal del llanto que baja hasta allí,
y sueña que es nube —la triste, la quieta—
quien le da tan fresca suavidad, así
Y junta sus fuerzas, reúne su amor,
cerca del camino que llevó al infiel
Crece con los años, con mucho dolor,
De verde y de rosa, un joven laurel.

CLAUDIA F. REYES